domingo 13 de noviembre de 1983

Carlos Fonseca estaba en la cárcel, en 1964, cuando el actor Ronald Reagan filmó lo que sería su última película. Su título fue *The Killers: Los asesinos*. Casi veinte años después, protagonista ahora de la vida real, Ronald Reagan desempeña el papel estelar de una nueva historia macabra. Es también una historia de criminales. Es la historia del asedio a una revolución libertadora. Carlos Fonseca ya no está aquí para dirigir la lucha contra el hostigamiento, pero hubiera avizorado la victoria sobre la agresión: "Soy optimista respecto del futuro de la lucha revolucionaria en Nicaragua —afirmó una vez—, lo que no quiere decir que no vea las grandes dificultades, los grandes obstáculos que tenemos por delante. La lucha será larga y difícil; será sangrienta".

Esta premonición de Carlos Fonseca se cumple hoy. Cuando nos reunimos para valorar de nuevo su papel visionario como fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, al cumplirse siete años de su muerte, los acontecimientos corren con mayor velocidad que nunca. El comandante Daniel Ortega, jefe de la Junta de Reconstrucción Nacional, no se da punto de reposo visitando a los jefes de Estado cuya intervención puede impedir que Nicaragua sea invadida en las próximas semanas, en los próximos días, acaso en las próximas horas.

Los aprestos son inequívocos; no dejan lugar a dudas. La reanimación del Consejo de Defensa Centroamericano es una de las piezas maestras de la maniobra para despojar a Nicaragua de su derecho a vivir en libertad. Honduras, vendida al invasor, beneficiaria de esa vanguardia de la ocupación militar que son los dólares, será la cabeza de playa para el artero golpe, que sin embargo no es fatal ni inevitable.

El mundo entero se moviliza para impedir que Nicaragua sea agredida. Es verdad que las gestiones diplomáticas, la paciente negociación en la ONU aparece como una tarea de resultados inciertos o por lo menos insatisfactorios para quienes quisieran ver alejarse el peligro por un acto de magia o de buena voluntad, que en tratándose de los guerreristas de

Carlos Fonseca En la hora del asedio

Miguel Angel Granados Chapa

Washington es casi lo mismo. Pero las cosas son así. El esfuerzo de labrar la paz es una exigente labor que reclama al mismo tiempo manos hábiles y cabeza fría, corazones henchidos de esperanza y pueblos firmes, por sabedores de que la razón, y su propia fuerza, los hacen invencibles.

Recordar en México a Carlos Fonseca dista mucho de ser un acto protocolario, luctuoso, retórico. Sobre todo en la hora del asedio, la vinculación mexicana con la revolución de Nicaragua aparece como un deber político, fincado en la solidaridad hacia hermanos nuestros, pero también en nuestra propia historia y en nuestro propio interés. Si es verdad, como lo aseguran agencias de prensa, que el embajador mexicano en Honduras negó ayer que México se ha colocado de parte de Nicaragua al gestionar la paz en el grupo Contadora, es que ese señor se pasa de prudente o no entiende nada. México no puede ser imparcial respecto de la revolución nicaragüense. México está con ella, a despecho de los propagandistas de la guerra que tienen aquí eficaces tartufos y testaferreros electrónicos. México está con Nicaragua.

En Tampico se gestó la conciencia revolucionaria de Augusto César Sandino. Aquí se dieron pasos para la organización del ejército de hombres libres. En autores mexicanos como Emigdio Maraboto o Xavier Campos Ponce, junto con otros como el insigne Gregorio Selser —por citar sólo los que no son nicaragüenses— pudo Carlos Fonseca empezar el proceso de recuperación de Sandino como guía de la lucha contra la tiranía somocista. Cuando escapó de Guatemala donde

había sido deportado después de su prisión, Carlos Fonseca vivió en México y aquí se unió a su compañera.

El gobierno de México rompió relaciones con el de Somoza el 20 de mayo de 1979. Demasiado tarde se dirá, pero quizá no tanto si se piensa que apenas dos meses antes se había suscrito la proclama de unidad de la dirección nacional conjunta del frente sandinista. Poco después, el 24 de junio, la intervención del gobierno de México ante la Organización de Estados Americanos fue decisiva para frustrar la tentativa estadounidense de salvar a Somoza e instaurar un régimen que lo sustituyera sin cambiar ninguna de las condiciones en que la dictadura tenía sumidos a los nicaragüenses.

Triunfante la revolución sandinista, y cuando se ha intensificado la hostilidad que de modo cada vez más claro anuncia la intervención militar, nuestro país ha sido participante muy activo en la creación del grupo Contadora. Impaciencias y suspicacias aparte, es claro que la tarea de ese grupo ha impedido la aceleración de los acontecimientos. La negociación principalmente emprendida por la representación mexicana ante la ONU, para que la seguridad de Nicaragua fuese abordada por esa organización produjo un resultado que, no obstante su generalidad, constituye una reprobación moral a los empeños militaristas del gobierno de Washington.

Tenemos, pues los mexicanos, los ciudadanos y su gobierno, un compromiso con la revolución de Nicaragua. Ese compromiso es indeclinable. La amenaza de unos matarifes no ha de ser causa bastante para inhibir los envíos de petróleo mexicano a Nicaragua, ni nuestros propios apremios serán razón suficiente para disminuir el rigor de la solidaridad material que nuestro gobierno ha canalizado hacia ese país. Menos mezquina que quienes deben sujetarse a consideraciones políticas, la gente común no ha cesado de expresar de los más variados modos su identificación con la lucha de los nicaragüenses. El trabajo de muchos mexicanos ha sido, es y será una aportación humilde pero eficaz a la construcción de la nueva patria que los nicaragüenses se empeñan en buscar.